

La alianza de Dios con nosotros

del p. Tomislav Vlasic

En nuestro camino espiritual es fundamental purificar la fe, la esperanza y la caridad porque todas nuestras otras virtudes dependen de una actitud limpia, de una manera pura de esperar y de amar. En este sentido nos ilumina la lectura de la figura de Abraham, su aventura existencial descrita en el Antiguo Testamento.

Dios ordenó a Abraham: “*Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, haci la tierra que yo te indicaré*” (Gen 12,1). Esta petición va también dirigida a nosotros. Dios nos pide: “Sal de ti mismo, abandónate y abandona todo lo que te pertenece, todas esas construcciones que has creado dentro de ti, incluso esas interpretaciones que tienes de la fe. Yo, tu Dios, te indicaré el camino a seguir.” Esta actitud es la base de nuestro camino espiritual y resulta fundamental considerar qué significa para nosotros este *sal de ti mismo*.

En estos tiempos vivimos un “éxodo cósmico”: Jesús, como el Buen Pastor, nos atrae para recapitular todo en sí mismo. Pero es necesario salir de nuestras estrechas concepciones, de nuestras interpretaciones personales, de la religiosidad y de las reglas humanas. Cuando Dios nos llama para ir más allá, no podemos apoyarnos en nosotros mismos ni en los demás. Quien camina con nosotros sólo nos puede ayudar si, a su vez, está inserido en el movimiento de la gracia, que es un movi-

miento continuo. Vivir la fe significa vivir un éxodo que lleva a la transformación. Si una persona no está en movimiento, queda prisionera del estatismo, vive como en un estanque. Si queremos caminar, es importante sentir ese movimiento continuo dentro de nosotros y permitir que Dios nos lleve hacia adelante, y transforme nuestra mente.

Es necesario distinguir por tanto entre la llamada de Dios y el camino de la fe. Dios llamó a Abraham sin explicarle adonde iría, a quien encontraría, y Abraham acudió. Dentro de nosotros debe también haber esta respuesta de fe, de confianza en Dios. Debemos saber reconocer cuando nuestras oraciones no nos llevan a este movimiento de confianza. La oración no puede ser una actividad de 5 minutos, ni de 5 horas, sino un continuo relacionarse con Dios. Debemos estar listos, activos en la fe para que no nos sintamos atropellados e indispuestos cuando lleguen las pruebas.

Cuando un alma no puede resolver los problemas que encuentra, vive como si fuera un torrente que ha llegado a un dique que lo bloquea, entonces entra en la negatividad, trae destrucción entorno a sí y se enfrenta a los demás.

La alianza se da en Jesús, sólo a través de Jesucristo podemos vencer todos los obstáculos que encontramos en nuestra limpia relación con el Padre. Caminamos junto a Jesús que nos ha abierto el camino para volver al Padre, no hay otro modo; ésta es la puerta a través de la cual el Espíritu Santo puede bajar a nosotros, como a María, y hacer fecundo todo lo que humanamente no puede serlo.

No temamos acoger esa palabra que desbloquea nuestra alma, no podemos estar tristes o preocupados, no debemos apesadumbrarnos por las situaciones, por los problemas, porque Dios existe. No le bloqueemos con nuestras medidas estrechas; si por parte nuestra mostramos esa fidelidad que va mas allá, su acción podrá manifestarse.

La vida ofrecida ratifica la alianza. Pero ¿qué significa ofrecer la vida? Vivir en una relación creativa, en un intercambio continuo con Dios. Cada día ¡cuántos pensamientos, cuantas preocupaciones pasan dentro de nosotros! Presentémoslas al Señor, para que penetre todo nuestro ser y nos lleve mas allá. No puedo ser fecundo si estoy sumergido en la tristeza, en la crítica contra mí mismo o contra los demás, en la inquietud, porque a través de mí la potencia de la redención no pasa.

Nuestra alma toca lo que vive en nosotros y lo que está entre nosotros, lo que es bueno y lo que es malo. Si analizamos a las personas y a las situaciones con nuestra lógica humana caeremos en un círculo cerrado, pero si llevamos todo a Dios, con abandono, entonces todo mal se debilita: ésta es la actividad creativa de Dios, que no conoce el análisis de la lógica humana, sino que se abre a la acción creativa divina.

¿Cual es nuestra tarea? Cuando nos sentimos tocados por el bien, demos gracias a Dios, si sentimos el mal, llevémoslo a su presencia, que sea Él quien separe el mal del bien mande ese mal al Infierno. Si todo lo que pasara en nuestra alma fuese elevado a Jesucristo, realizaríamos una labor enorme a favor de la Iglesia y de la humanidad. □

La confesión nos hace germinar

El Padre Slavko conoció de cerca a los que con el corazón herido se acercaban en Medjugorje a la fuente de la Gracia - la Confesión. Para ayudarles a profundizar en su significado y apreciar su valor, en un libro escribía:

Marija Pavlovic, vidente, narra: “Durante la oración se me apareció tres veces la imagen de una flor. La primera vez era maravillosa, fresca, muy colorida ¡ y yo era muy feliz! Después ví la misma flor cerrada, marchita, había perdido toda su belleza. ¡y yo estaba triste! Pero, de repente, una gota de agua cayó sobre la flor marchita y ésta en seguida recuperó su brillo y su frescura. Intenté comprender que podría significar para mí esta visión, pero no lo conseguí... Por eso decidí preguntárselo a la Virgen durante una de Sus apariciones. Le dije: “Virgen mía, ¿qué significa lo que he visto durante la oración?, ¿Qué significado tenía aquella flor?” La Virgen sonrió y respondió: “Vuestro corazón es como aquella flor. Cada corazón es maravilloso en la belleza creada por Dios. Pero cuando le alcanza el pecado, la flor se marchita y el brillo se desvanece. Aquella gota caía sobre la flor para reavivarla, es el símbolo de la confesión. Vosotros, cuando estáis en pecado, no podéis ayudaros a vosotros mismos: necesitáis ayuda.”

La confesión, gracias a la divina potencia de Jesús Señor, supera su entidad de

encuentro humano llevando al hombre al encuentro con Dios, con el Padre bueno que, tras haber esperado, ahora con gozo corre a abrazarnos, nos da vestidos nuevos y nos invita a todos a la mesa de la comunión donde se festeja la inmensidad de la Divina Misericordia.

Por lo tanto **la confesión es** un encuentro de lo humano con lo divino, a través del instrumento humano de la conversación y de la confianza mutua.

La confesión es la aceptación de la Voluntad de Dios y el rechazo del mundo que atenaza y que desprecia, es la adhesión a la fuente de la salvación, de la luz, de la paz y del amor; y el rechazo de las tinieblas, del odio y del desorden! Todo en la plena conciencia de nuestro actuar.

La confesión es el momento del regreso y de la renovada aceptación del Paraíso terrestre, el inicio de la constitución del nuevo mundo. Es el momento en el que Dios tiene el derecho de entrar de nuevo en nuestra vida y retomar el primer lugar. Éste es también el momento en el que nuestro hombre viejo, destruido, se renueva en la plena humanidad de Cristo.

Dios Padre es bondad infinita, es misericordia y da siempre su perdón a quien se lo pide con el corazón. Rezadle a menudo con estas palabras: “Dios mío, sé que son grandes y numerosos mis pecados contra tu amor, pero espero que me perdones. Estoy preparado para perdonar a todos, al amigo y al enemigo. Oh Padre, yo espero en ti y deseo vivir siempre en la esperanza de tu perdón.”

(Fuente: ¡Dame tu corazón herido! del p. Slavko Barbaric)

Se necesitan “MADRES” para los sacerdotes

Es una llamada que viene de la Santa Sede, que ha lanzado una campaña de adoración eucarística y de “maternidad” para la santidad de todos los sacerdotes del mundo, coincidiendo con la solemnidad de la Inmaculada Concepción.

El texto que ilustra la iniciativa explica que la campaña quiere “crear un movimiento espiritual que, concienciando cada vez más sobre el vínculo entre Eucaristía y Sacerdocio y de la especial maternidad de María sobre todos los Sacerdotes, dé vida a una cadena de adoración perpetua para la reparación de las faltas y para la santificación de los clérigos.”

Las “almas femeninas consagradas” son especialmente invitadas a adoptar “espiritualmente a los sacerdotes para ayudarles en el ofrecimiento de sí mismos, en la oración y en la penitencia” imitando el ejemplo de María.

Y es a Ella, “Madre del Sumo y Eterno Sacerdote” a quien quiere confiarse cada sacerdote, suscitando en la Iglesia un movimiento de oración cuyo centro sea la adoración eucarística continua durante las 24 horas. Así, desde cualquier lugar del mundo, siempre se elevará a Dios incesantemente “una oración de adoración, de agradecimiento, de alabanza, petición o reparación, con la finalidad de suscitar un número suficiente de santas vocaciones al estado sacerdotal”.

La carta, una nota explicativa y subsidios sobre el significado de la maternidad espiritual de los sacerdotes pueden ser leídos en www.clerus.org/pregate